



SIGNO DE LOS TIEMPOS

NICARAGUA ANTES Y DEPUES DE LA VISITA DEL PAPA

Juan Hernández Pico

A pocas horas de la visita del Papa a Nicaragua y cuando aún estan encendidas las emociones encontradas que ella ha suscitado, se escriben estas líneas como una primera reflexión. Solamente se tiene en cuenta la visita a Nicaragua. Deberán venir otras reflexiones, más maduras y matizadas por la perspectiva del tiempo y que tengan en cuenta el conjunto de la visita del Papa a Centroamérica, aún en curso cuando se escriben estas páginas. Sin embargo creemos que la presente puede ser útil para dar alguna luz sobre los hechos vividos el 4 de marzo.

1. EL DOLOR Y LA ESPERANZA DE NICARAGUA ANTE EL PAPA

Ha recorrido el mundo la noticia de la conflictividad que estalló en el encuentro entre el Papa y Nicaragua. Es imperativo buscar una explicación a este hecho que a muchos en muchas partes ha producido un gran dolor.

Hace nada más que tres años y medio el encuentro entre el triunfo de la revolución nicaragüense y el mundo provocó, en general, un sentimiento de alegría. Surgida de la conflictividad sufriente, testimonio de la división provocada entre hermanos por estructuras de poder que habían intentado despojar de su humanidad a multitudes, la revolución nicaragüense fue acogida con enorme júbilo, especialmente por los pobres de Centroamérica.

A pesar de todas las limitaciones y tanteos del proceso de Nicaragua, en este país hay vida, hay pan, hay libertad y hay una expresión religiosa exuberante. Hay más de todo esto que en tiempos de la dictadura somocista, sin duda. Y también hay más de todo esto que en países vecinos -El Salvador, Guatemala- desangrados y empobrecidos hasta lo indecible. Vida, pan, voz libre y expresión religiosa: son cuatro bienes fundamentales para estos pueblos oprimidos y creyentes. Los pueblos que tienen abundancia y viven en la civilización secularizada, tal vez no puedan comprender y sentir lo que significa verlos asegurados. En cambio, los pueblos empobrecidos y penetrados por una cultura cristiana, resumen con esta sobriedad el redescubrimiento de la alegría de vivir. Nicaragua sigue siendo pobre y subdesarrollada. No tiene abundancia de técnicos ni acceso a la tecnología avanzada ni posibilidad de usarla a fondo. Son éstas las consecuencias de la opresión de siglos. Pero este país "estaba muerto y ha resucitado", sus grandes mayorías campesinas habían perdido su dignidad y la han hallado. La revolución no les ha parecido sólo un intento de cambios materiales. La han percibido también como una aventura del espíritu, como un intento de reconstrucción moral.

Para llegar a esta transformación histórica, Nicaragua encontró en el mundo una gran reserva de solidaridad. La fuerza contenida en la esperanza de los pobres de toda Centroamérica le acompañó continuamente en la lucha dolorosa por su libertad. Hoy Nicaragua, al reivindicar -casi utópicamente- un lugar bajo el sol para su dignidad recién rescatada como nación, se ha convertido en tierra de acogida para muchos refugiados del resto de Centroamérica. En el exilio alimentan ellos sus esperanzas de hermandad y de justicia. Desde Nicaragua denuncian la continua opresión de sus hermanos en El Salvador y en Guatemala, el asesinato de sus hijos, la intolerancia creciente del gobierno de los Estados Unidos, que apoya económica y militarmente a gobiernos amigos plegados a su estrategia geopolítica.

La solidaridad de la Nicaragua revolucionaria con la lucha de los pobres en Guatemala y en El Salvador es una amenaza para los intereses de poder del materialismo capitalista. Es el atractivo potente de esta revolución original lo que, siendo signo de los tiempos, búsqueda inédita de humanidad nueva, se ha convertido en signo de contradicción. Esta vida original amenaza seriamente esos esquemas que quieren encerrar la realidad centroamericana en una confrontación Este-Oeste.

Hay una voluntad política de destruir este brote de vida original. Si se pudiera aplastarlo con napalm y a cañonazos, tal vez se dudaría poco para hacerlo. Pero en el pueblo de los Estados Unidos no hay la misma docilidad de antaño frente al chauvinismo hegemónico y prepotente de su gobierno. No hay consenso en la sociedad civil norteamericana para apoyar la concepción reaganiana de que unos minúsculos países de Centroamérica representen una amenaza, a través de sus luchas libertarias, para la seguridad de los Estados Unidos. Por fortuna, hay más humanidad y sentido común entre el pueblo de los Estados Unidos y el de Centroamérica que los que el gobierno Reagan quisiera aceptar.

Por eso se emprende una guerra sucia y encubierta -reconocida en el Congreso de los Estados Unidos-, de hostigamiento continuo, que arranca diariamente la vida a jóvenes nicaragüenses y a personas de toda edad en las zonas fronterizas de Nicaragua y Honduras. Por eso se fabrica diariamente la propaganda transnacional que justifica la guerra encubierta, desfigurando sutilmente la realidad original, la búsqueda incesante de novedad histórica que caracteriza la revolución nicaragüense. Pareciera que lo que se pretende es que los nervios no aguanten, que se agote la paciencia y que se impongan por "seguridad nacional" una represión en que la nueva Nicaragua quede destrizada. No es fácil destruir físicamente a Nicaragua. Por eso se quiere matar su imagen, conducirla a un suicidio histórico.

El peligro de la hora actual de Nicaragua -la hora en que el Papa llegó a visitarla- es que este peligroso dinamismo de amenazas externas al que sin duda se suman otros -intento de cierta jerarquía católica de deslegitimar el proceso por vía religiosa, intento de ciertas minorías sandinistas de totalizarlo, intento de amplios sectores cristianos de humanizarlo por la vía de insertarse en él como fermento- presione de tal manera sobre la diaria realidad, que la interacción de estos dinamismos produzca como resultado una serie de fatalismos históricos, irreprimibles a corto plazo y posiblemente causantes de un enorme sufrimiento humano.

Nicaragua ha sufrido mucho. Centroamérica ha sufrido mucho. El dolor y la esperanza de los pueblos centroamericanos, atesorados por siglos, esperaban de la visita del Papa Juan Pablo II, por encima de todo, compasión.

Los nicaragüenses habían oído que en Hiroshima el Papa había condenado la guerra nuclear delante del monumento a las víctimas de la bomba. Tenían presente que el Papa se había arrodillado en Auschwitz (Polonia), y había clamado para que nunca más existieran tales genocidios y tan espantosos campos de exterminio. Aquí, en Nicaragua, anhelaban oír del Papa una palabra de honor a la memoria de 50.000 muertos en los años del conflicto y de la lucha por conquistar la posibilidad de la hermandad en justicia y en libertad. Esta palabra del Papa no se produjo en la Plaza 19 de Julio. El verdadero drama estuvo ahí.

2. LA UNIDAD DE LA IGLESIA, TEMA DE LA HOMILIA DEL PAPA

Juan Pablo II escogió para la Misa campal de Managua -frente a lo que resultó una concentración de 700.000 personas, la cuarta parte de la población de Nicaragua, la mitad de la que era capaz de asistir- el tema y el problema de la unidad de la Iglesia. La preocupación era ciertamente importante y legítima en una visita que el Papa definió como pastoral. En medio de la aventura histórica que Nicaragua vive, la Iglesia, encargada de entregar al pueblo la buena noticia de Jesucristo, tiene una presencia crucial. Su responsabilidad es grande como comunidad de fe, de esperanza y de amor, como institución de vida, desafiada a hacer suyos "los gozos y las esperanzas, las angustias y los dolores" (Gs, 1) de los grupos humanos. La unidad en el anuncio de la Buena Noticia para Nicaragua es una urgencia restante para la Iglesia.

Ahora bien, cualquiera que haya contemplado la transmisión televisada de la Misa campal de Juan Pablo II en su totalidad habrá podido ser testigo de una homilía pronunciada en un tono de fuerte reconvención, con un rostro preocupado y unos énfasis que destacaban todos los aspectos organizativos de la Iglesia, todas sus funciones de autoridad. Habrá echado de menos la misión eclesial de servicio a la humanidad, a esa humanidad naciente que creemos se le presentaba en Nicaragua ante sus ojos. Tampoco habrá hallado en la homilía del Papa el llamado a la vida de libertad que el Espíritu suscita en su Iglesia desde el impulso al seguimiento de Cristo (cfr. Jn 8, 32), el llamado a "no extinguir el Espíritu" (1 Tes 5, 19). No percibió la gente algún tipo de convocatoria a "aprobar" esta novedad histórica de Nicaragua, a "poner a prueba y discernir" (1 Tes

5, 21) los nuevos compromisos de fe, espirituales y materiales, de los cristianos frente al proceso revolucionario. En esos compromisos de "la fe que se traduce en el amor" (Gal 5, 6) frente a la historia, se juega la vida de fe de los miembros de la Iglesia. Y la historia que hoy se desarrolla en Nicaragua es ese proceso. En él está en juego la vida o la muerte de multitudes, la justicia o la injusticia, la alegría o la tristeza, la creatividad o la copia estéril, el gozo o el sufrimiento, el egoísmo o la generosidad, la ligereza o la seriedad, la participación o el gregarismo, la desfiguración de la realidad o la verdad, lo caduco o lo lleno de futuro.

Hace más de tres años los Obispos de Nicaragua escribieron una carta pastoral en la que dijeron que, a consecuencia de este signo de los tiempos, de esta novedad histórica que en Nicaragua había acontecido con la revolución, "los ojos de América Latina y del mundo" estaban fijos en Nicaragua. Como conteniendo la respiración, se expresaba una expectativa frente a una nueva posibilidad histórica, original en su proyecto, tanto frente al capitalismo materialista y la democracia liberal como frente al colectivismo estatal y los socialismos realmente existentes. Frente a esta carta pastoral, algunos miembros de la Iglesia en Nicaragua, reaccionaron con profundo escepticismo. Eran en su mayoría adinerados, acostumbrados a dominar en la sociedad, a tener privilegios. La carta de los Obispos, en cambio, convocaba a entrar en un proceso eclesial, comunitario, de diálogo y de discernimiento, para ir encontrando las oportunidades históricas de la fe eclesial en el proceso histórico que se abría.

La división de opciones políticas frente al proceso, las tomas de posición apasionadas -legítimas para todos en la Iglesia- sobre las virtudes o las deficiencias del nuevo orden, hacían difícil este diálogo. Ciertamente se habría requerido una solicitud pastoral extraordinaria, es decir, más allá de la ordinaria, para animar con continuidad a toda la Iglesia nicaraguense a hacerse presente discernidoramente en medio de la historia. Creo que no se estuvo a la altura de este desafío pastoral. Hoy es posible hacer un examen serio para llegar a ver si la división entre los miembros de la Iglesia en Nicaragua ha provenido de legítimas discrepancias en los juicios sobre la historia o ha surgido por desgarramientos en la fe, en su formulación, en la comunión con los Obispos y sacerdotes o en la disciplina eclesiástica. Ha habido en un documento de "algunos católicos de Nicaragua" en que se

responde a la Carta del Papa a los Obispos (29-VI-82), una sugerencia -la creo humilde y sincera, a la vez que lúcida- para que los Obispos convoquen a un sínodo de la Iglesia a mediano plazo. Muchos conflictos graves han sido así afrontados en la historia de las Iglesias locales..

El hecho es que en la homilía del Papa se tradujo una angustia tremenda ante lo que él ve como amenaza y peligro a la unidad de la Iglesia. Pareciera que la información que al Papa le ha llegado apunta a un deterioro de la fe, que en Nicaragua algunos cristianos subordinarían a ideologías, a consideraciones terrenas, a opciones temporales, a concepciones intelectuales e históricas, etc.

Si esta fuera la situación, si en Nicaragua grupos notables de miembros de la Iglesia, o por su número o por su influencia, estuvieran de hecho desvirtuando la fe, haciendo de ella un instrumento de fuerza política para elevar a un partido, para sacralizar, como intocable e incriticable, a la dirección revolucionaria, para hacer el juego a una concepción atea de la vida, la angustia del Papa estaría justificada. Si la fe eclesial en Jesucristo pierde su fuerza profética de continuo recuerdo de Jesús de Nazareth, si pierde su capacidad de denunciar el pecado, corruptor posible de lo antiguo y también de lo nuevo, si no tiene impulso para despertar en los cristianos la libertad de los hijos de Dios frente a todo poder, si carece de audacia para misionar cualquier novedad histórica y para aculturarse -según su tradición encarnatoria- en el corazón de toda síntesis cultural nueva, si se hace impotente para redescubrir el rostro de Dios, siempre más hermoso, y más exigente, que emerge desde su caminar con los hombres en la historia, es innegable que habrá perdido su transcendencia y habrá dejado de ser fermento multiplicador de bondad.

La pérdida de identidad cristiana en medio de una convulsión histórica revolucionaria es ciertamente un peligro. Adviene la amenaza de una mentalidad mesiánica, se puede presentar la mística absolutista y totalizante del entusiasmo político. Lo heroico puede hacer peligrar la humildad de toda contribución humana, que es como nada sin lo gratuito de la generosidad y la solidaridad de muchos otros. Se puede además olvidar la precariedad de todo avance social, y relegar al olvido la necesidad de trabajar con pasión en la transformación simultánea de las actitudes. Puede también ignorarse la debilidad humana, idealizar-

se las nuevas instituciones revolucionarias y no querer cargar con la realidad, no siempre entusiasmante, del rostro humano de la Iglesia (cfr. LG, 8).

Entre los cristianos de Nicaragua se dan crisis de fe y de pertenencia eclesial. Nadie, con dos ojos para ver y dos dedos de frente, puede ignorarlo. ¿Existe además una intención disidente de desfigurar la fe en Jesucristo, de minar la comunión con los Obispos, de construir un cisma o hacer de la Iglesia, infiltrándola, un dócil instrumento al servicio de objetivos reducidos a la posibilidad de ayudar a la consolidación revolucionaria? Este interrogante es tan grave que, para resolverlo, se requeriría un diálogo eclesial confiado y amplio, del que no se excluyera a ningún grupo o persona que confiesa su fe una y otra vez y en la práctica intenta humildemente corroborarla con obras de justicia y hermandad.

Asumir una respuesta afirmativa sin recorrer este camino del diálogo puede viciar la comunión en la Iglesia, deshacer la participación y sembrar de sospechas la convivencia de la familia de Dios. En Nicaragua, uno de los grupos más connotados de miembros de la Iglesia comprometidos por su fe en tareas de presencia en el proceso revolucionario, publicó en 1981, en el primer aniversario del martirio de Monseñor Romero, un documento testimonial con este título: "Fidelidad cristiana en el proceso revolucionario de Nicaragua". En el contexto de la fidelidad a la esperanza de los pobres, se hicieron en este documento críticas serias al proceso en forma de desafíos. Y en este documento se confesó también un tierno amor a la Iglesia. El principio pastoral de que se debe creer a quien confiesa, ¿No tendría que aplicarse aquí también?

3. LAS DIFICULTADES DE ENFRENTAR LO NUEVO EN LA HISTORIA

La insistencia del Papa en la unidad de la Iglesia puede deberse también a un paquete informativo que le haya permitido percibir el naciente proceso revolucionario de Nicaragua como orientado por el marxismo-leninismo ortodoxo. La historia real de esta orientación doctrinaria inflexible apunta, en los procesos de los socialismos realmente existentes, hacia una estrategia de lucha antirreligiosa y especialmente anticatólica. Sin entrar a un análisis de las causas complejas que han forjado esta estrate-

gia, creo indudable que no ha habido en la mayoría de dichos procesos históricos una suspensión práctica de un prejuicio que considera toda actitud religiosa como retrógrada y anticientífica, como culpable de hacer vivir a los grupos humanos pendientes únicamente de la vida eterna y olvidados de la construcción conflictiva de hermandad y de una nueva sociedad sobre esta tierra. Frente a tales prejuicios -herencia del positivismo de la "Ilustración"- la Iglesia se inclina a prever su desarrollo en un sentido tal que los transforme en estrategia política. Experimenta entonces la urgencia pastoral de convocar a una fuerte unidad de la Iglesia para que los cristianos se encuentren en capacidad, llegado el caso, de alimentar su fe en medio de un ataque disgregador.

En Nicaragua la dirección de su proceso revolucionario ha manifestado, ya desde el poder, que garantiza la libertad religiosa y respeta el derecho institucional de la Iglesia a difundir la fe. Además ha hecho público un juicio histórico acerca de la fe cristiana como fuerza motivante al compromiso por los pobres en la historia reciente de Nicaragua; incluso el juicio se ha extendido a afirmar que la Iglesia, en cuanto institución, ha ejercido tal función en dicha historia reciente. Finalmente ha reconocido a los cristianos derecho de ciudadanía en el partido revolucionario. La afirmación ha ido tan lejos como para prever que el dinamismo de la fe cristiana guardará siempre una capacidad de motivar a la transformación de la historia: "En Nicaragua -afirmaron- mientras haya cristianos, habrá revolucionarios cristianos" (cfr. Declaración de la Dirección Nacional del FSLN sobre la religión, Octubre 1980). El Coordinador de la Junta de Gobierno de Nicaragua ratificó solemnemente esta declaración al recibir al Papa el 4 de Marzo. Ahora bien, para un partido izquierdista, que busca una orientación hacia algún tipo de socialismo -cualquiera que sea-, para un partido así en el poder, afirmar y mantener estas posiciones implica una notable audacia histórica y un rompimiento con la tradición marxista dogmática y doctrinaria.

Si todo esto no fuera sino táctica, "maquiavelismo" de nuevo cuño en un país de mayoría cristiana, habría ciertamente que preparar a la Iglesia con una consolidación reforzada de su unidad frente a un enemigo tanto más peligroso cuanto más sutil y encubierto. ¿Es esta la realidad? No, en Nicaragua la libertad religiosa -sin que deje de encontrar algunos obstáculos incidenta-

les- es mucho más amplia que en sus vecinos centroamericanos más norteños. ¿Se mantendrá así en el futuro previsible?

Parece claro que la libertad es en cierto modo indivisible. Ahora bien, existen en Nicaragua indicios -por decirlo suavemente- de que se fomenta una conciencia participativa y crítica en el pueblo mayoritario. El predominio creciente -en la agricultura- de la organización económica cooperativa, su presencia crucial en la orientación de la Reforma Agraria, es uno de ellos. La persistencia en el pueblo nicaraguense de la capacidad de crítica frente al poder político revolucionario es otro. La claridad y cuestionamiento con que la gente se dirige a comandantes y ministros en los foros de opinión pública (p. ej. los "Cara al pueblo" semanales), apunta en la misma dirección.

Por otro lado, parece poco cuestionable que mientras exista más presencia de cristianos comprometidos en el proceso revolucionario, más garantías de fermento cristiano de libertad habrá en la revolución. Más aún, desde el punto de vista de la audacia del Espíritu de Dios en la historia, desde la fe cristiana en el atractivo que Jesucristo resucitado ejerce sobre la construcción humana de futuro (cfr. Fil 3, 21), podría esperarse en la Iglesia un cierto grado de confianza en la inserción de los cristianos en una novedad histórica como la que hoy está naciendo en Nicaragua.

La historia de la Iglesia nos avisa, sin embargo, que existe en los cristianos una inercia que impide a veces mantener a Dios más allá de las imágenes que de El nos hacemos en determinadas épocas históricas. La Iglesia, inserta en la imagen de Dios, tal como se vivenció en el orden monárquico absoluto, condenó como anticristianas a la democracia y al liberalismo hace un siglo más o menos. Pío XII, en cambio, en su Mensaje de Navidad de 1942, enseñó la profunda coherencia de la democracia participativa con el núcleo del Evangelio. Más recientemente, sin embargo, frente a regímenes latinoamericanos de seguridad nacional, excluyentes de participación popular y brutalmente autoritarios, ha habido Obispos que han condenado las luchas en favor de la democracia como subversión anticristiana del Estado. En este contexto, uno de los problemas más urgentes, tal vez un verdadero desafío histórico, que se le presentan a la Iglesia respecto de Nicaragua, consiste en pensar si en la práctica va a afirmar que la fe cristiana está ligada a formas de democracia liberal o si puede aceptar que Dios puede revelarse -en su carácter de

siempre más grande que nuestras imágenes, más hermoso para el corazón humano y más exigente para la convivencia social en formas nuevas, originales, de democracia de los pobres, de forja de historia a través de su debilidad. El hecho histórico que salta a la vista es que la causa de los pobres está hoy en el poder en Nicaragua; ese poder, con todo, no cuenta para mantenerse sino con la convicción de las mayorías empobrecidas de ese país y con la solidaridad que le ofrezcan internacionalmente.

4. LA UNIDAD Y LA DIAKONIA (EL SERVICIO) DE LA IGLESIA

Juan Pablo II en Nicaragua creyó un deber suyo pastoral preocuparse preferencialmente por la unidad de la Iglesia. La diakonia, el servicio de la Iglesia, en la historia actual de Nicaragua no lo destacó igualmente. Muchos nicaraguenses, en cambio, tenían la expectativa de que él enfatizara esta diakonía, que -desde la Iglesia- mirara preferencialmente a la vida y la historia concreta de Nicaragua. Esperaban que defendiera a este pueblo, empobrecido durante siglos, amenazado en sus recién iniciados esfuerzos hacia una mayor justicia, hostigado en su amor a la independencia nacional mientras sacrifica diariamente las vidas de sus mejores y más jóvenes hijos para defenderla en sus fronteras. Esperaban ciertamente que Juan Pablo les reafirmara el primer mandamiento, la primera voluntad de Dios: Amar a Dios con todas las fuerzas por encima de cualquier realidad en peligro de convertirse en ídolo. Pero su expectativa también apuntaba ardientemente hacia el Papa para que les reafirmara que "el segundo mandamiento es semejante al primero", no menos importante (Mt 22, 38-39). Creo que esperaban que se refiriera al pueblo nicaraguense, amenazado en sus esperanzas, como al prójimo, y al amor por este pueblo como irrealizable por medio de rodeos, aunque estos rodeos lleven al servicio del templo (cfr. Lc 10, 25-37). Y esta expectativa la concretaban en el anhelo de que la sangre de sus hijos, noblemente derramada, fuera recordada por el Papa y honrada en su Eucaristía, la Eucaristía que el Papa presidía en Nicaragua. Finalmente concretaban esta expectativa en que el Papa reafirmara la opción preferencial de la Iglesia por los pobres.

Angustiado por una solicitud apostólica, penetrado por una visión de que Nicaragua se encuentra amenazada por un proceso que se encamina hacia un marxismo-leninismo doctrinario, totalitario y ateizante, el Papa enfatizó en cambio la unidad de la

Iglesia y puso un fuerte y prioritario acento sobre los aspectos institucionales de tal unidad.

Tal vez su mensaje habría sido acogido con júbilo como Buena Noticia, si en Nicaragua hubiera recordado la opción preferencial de la Iglesia por los pobres, cuya vida -a juicio de bastantes observadores, no faltos de rigurosidad y seriedad- tiene hoy más esperanza en medio de la realidad revolucionaria que en tiempos de la terrible dictadura derrotada en 1979. Su mensaje de que en la Iglesia "igual derecho de ciudadanía tienen los ricos y los pobres" resultaba difícilmente captable. El lo matizó afirmando que esa igualdad se realiza "en Cristo". Pero es evidente que tal fórmula de San Pablo, siendo parte del depósito de la fe eclesial como expresión de que Jesucristo murió para redimirnos a todos los seres humanos, no es catequísticamente comprensible sino explicitando el contexto preciso en que Pablo la expresa. Dicho contexto implica el final de los privilegios, a los ojos de Dios, de los judíos respecto de los griegos, de los libres respecto a los esclavos, de los varones respecto de las mujeres, y -por consiguiente- de los ricos respecto de los pobres (cfr. Gal 3, 28-29). La matización del Papa -para ser catequísticamente aceptable- requeriría la complementación que San Pablo expresó: ni rico ni pobre importa en Cristo, sino "un hombre nuevo" (cfr. Gal 6, 15-16), un hombre convertido, de acuerdo a las exigencias del seguimiento de Cristo: venderlo todo y compartirlo con los pobres (Mc 10, 21), lo cual según Jesús hay que anunciarlo como extremadamente difícil (cfr. Mc 10,23), pero posible para la acción de Dios en los corazones humanos (cfr, Mc 10, 27).

Incluso en el contexto del magisterio episcopal lationamericano, la igualdad de ciudadanía entre el rico y el pobre en la Iglesia, sólo es catequéticamente captable matizándola con la formulación de Puebla -la opción preferencial, no exclusiva, por los pobres-, a la cual la catequesis eclesial ha acostumbrado ya al pueblo de Nicaragua. En unas circunstancias en que muchos ricos nicaraguenses acumulan sus ganancias fuera del país y dejan de invertir en él, dificultando su reconstrucción después de un terremoto y una guerra civil, el mensaje del Papa sólo era comprensible recordando a la vez el magisterio de los Obispos nicaraguenses en Noviembre de 1979 acerca del deber cristiano de austeridad (cfr. "Compromiso Cristiano en una nueva Nicaragua, III). Finalmente, sólo matizado como el mismo magis-

terio universal del Papa lo ha hecho, se podría haber captado su mensaje, es decir, recordando a los nicaraguenses que "el compromiso con la causa de los pobres verifica la fidelidad a Cristo de la Iglesia" (cfr. Laborem Excerens, 8). El Papa omitió estas matizaciones en Nicaragua y el pueblo de los pobres, especialmente, experimentó un gran desconcierto.

El Papa puso énfasis en la celebración de la Eucaristía en comunión con el Obispo y conforme a las disposiciones litúrgicas. Pero el pueblo no le escuchó matizar que no es éste el único criterio cristiano y eclesial para que una Eucaristía sea "Eucaristía de la Iglesia", mantenga y construya la unidad de la Iglesia.

San Pablo avisó a los cristianos de Corinto que si no suprimían la ostentación de diferencias económicas y sociales en la Eucaristía, al comer el Cuerpo del Señor, "no lo discernían", es decir no hacían justicia a la muerte del Señor Jesús para reconstruir la hermandad, y "comían su propia condenación" (cfr. 1Cor 11, 29). Las primeras comunidades cristianas, según el testimonio de los Hechos de los Apóstoles, partían el pan y compartían los bienes -tanto espirituales como materiales-, como signo del seguimiento de Jesucristo (cfr. Hch 2, 42-47).

Es parte del depósito de la fe que no hay construcción de Iglesia una en la Eucaristía si no hay comunión con quien ha sido llamado por Dios a presidirla (Obispos, sacerdotes). Pero es también parte del depósito de la fe que quien "no come mi cuerpo y mi sangre", es decir, quien no asimila el estilo de vida de Jesús de Nazaret y -según San Juan- no está dispuesto a poner el signo de entregar la vida por los hermanos, como signo del mayor amor, "no tiene vida eterna" (cfr. Jn. 6, 53-54).

Las oposiciones que se reflejaron -como amenaza- en la homilía del Papa ("Iglesia carismática y no institucional, 'nueva' y no tradicional, popular y no jerárquica"), han sido acusaciones lanzadas por muchos a los pobres que, convocados por la fe, se agrupan en Nicaragua, aún muy incipientemente, en Comunidades Eclesiales de Base; también se ha acusado de mantener tales oposiciones a teólogos, sacerdotes y religiosos que intentan acompañar a dichas comunidades y reflexionar con ellas la fe. Con todas sus deficiencias y pecados, se trata de comunidades que intentan ser institucionales y también llenas de la fuerza del Espíritu en sus compromisos en medio de la historia actual de Nicaragua; intentan ser tradicionales y también "nuevas", como

es nuevo, imprevisible, inabarcable de una vez por todas el fermento de vida puesto en la Iglesia por la fecundidad de la muerte y resurrección de Jesucristo; son jerárquicas -aprenden de la Iglesia jerárquica y llevan, intentando seguir a Cristo, parte de la responsabilidad de "la tarea de Cristo en el mundo", como dijo el Papa de toda la Iglesia- y también son de los pobres, y en este sentido "populares", porque están formadas principalmente por los equivalentes a aquellos con quienes, en su tiempo, Jesús compartió su mesa para así compartir con ellos la hermandad que se daría perfectamente en el Reino de su Padre.

El énfasis del Concilio Vaticano II en la única fe de los apóstoles, la fe que siempre tiene a Jesucristo como "pionero y consumador" (Heb 12, 1), el énfasis del Vaticano II en el servicio y la obediencia de la Jerarquía a la palabra de Dios (cfr. DV), el énfasis en la Eucaristía de Jesús como centro de la vida cristiana y plenitud de ésta, estos énfasis que son fundamentos de la fe eclesial, se percibieron en la homilía de Managua como menos destacados por el Papa. Juan Pablo II enfatizó más bien -así se encuentra subrayado en el texto oficial de la Oficina de Prensa del Vaticano- la obediencia de los fieles a los Obispos y al Papa.

¿Qué información sobre la Iglesia que está en Nicaragua le llevó a omitir el énfasis en el seguimiento de Jesucristo como factor poderosamente unificante de la Iglesia?

5. EL DRAMA DE LA INCOMUNICACION EN LA VISITA DEL PAPA A NICARAGUA

La gente que, en números superiores a los que se han hecho presentes en los aniversarios del triunfo de la revolución, llenó la Plaza 19 de Julio en Managua, no pareció venir a la fuerza a ver al Papa; entre ellos no había únicamente partidarios de la revolución. Había también adversarios de la revolución en no pequeño número. Unos y otros fueron vistos por observadores extranjeros como esperando mucho de la visita y de las palabras del Papa. Las expectativas fueron percibidas como diversas y a veces como opuestas. Había gente consciente de lo que creemos que se está jugando en Nicaragua para la esperanza de los pobres de Centroamérica, gente inconsciente de ello, y gente consciente de que en el horizonte de Centroamérica hay nubes de incertidumbre sobre la suerte de los ricos, de los tradicio-

nalmente privilegiados, de aquellos que, según dijo en Puebla el Papa, "se hacen cada vez más ricos a costa de la creciente pobreza de muchos".

Esta conciencia diversa se traduce normalmente en opciones y proyectos históricos diferentes. ¿Podía el Papa satisfacer cristianamente a todos? ¿Podía superar la división desde la perspectiva de la unidad de la Iglesia?

Creemos que sí -es nuestra modesta opinión-. Lo podía desde la perspectiva del reciente magisterio suyo, del magisterio de los Obispos Lationamericanos en Puebla, ambos fieles al mensaje de Jesucristo. Podía haberlo hecho desde aquella expresión profética del Mensaje de los Obispos de Puebla a los Pueblos de América Latina: "La causa de los pobres es la causa de Cristo mismo (Mt 25, 41)". Podía haberlo hecho desde la opción preferencial por los pobres, no exclusiva precisamente porque, al invitar a todos a hacerla suya, no es excluyente sino que llama a todos a la conversión y a la creación de nuevas estructuras en nuestro continente, más obligado a ello -como también afirma Puebla- por ser de tradición católica.

Juan Pablo II eligió otro camino. Sus omisiones y sus énfasis condicionaron la reacción de mucha gente en Nicaragua. Esta reacción, presentada como profanadora de la Eucaristía, puede que encuentre benevolencia en Aquel que no ama a los pobres con preferencia porque sean moralmente mejores que otra gente, sino porque son pobres (según afirmó el magisterio de la Iglesia en Puebla), es decir, porque -siendo la pobreza habitualmente efecto de la negación de fraternidad humana, amenaza la credibilidad de la fe en Dios como "Padre Nuestro".

Mucha gente pobre, mucha gente que ha hecho suya la causa de los pobres, esperaba oír el compromiso del Papa por ayudar a Nicaragua a conservar la paz y aumentar la incipiente justicia y la libertad amenazada y precaria. Muchas madres de jóvenes asesinados (los últimos habían sido enterrados después de haber sido honrados en esa misma plaza el día anterior) esperaban del Papa el honor a sus mártires. Desde Costa Rica, tras la visita del Papa a Nicaragua, la Secretaría del Vaticano, en un comunicado oficial, ha recogido la petición de Nicaragua por la solidaridad del Papa con la paz de ese país. En El Salvador, el Papa ha reclamado el fin de los incidentes armados en las fronteras (¿alusión a -entre otros lugares conflictivos- Nicara-

gua, hostigada desde Honduras?). Pero la homilía del Papa en Managua terminó sin esa referencia que inquietaba a multitudes. Entonces se desbordó la sensibilidad de muchos. Legítimo el dolor -creemos- y comprensible la frustración, por más que en mucha gente hubiera después sentimientos ambivalentes al ver nublada así la fiesta de la Eucaristía.

Quedaba ya muy lejos el comienzo de la homilía del Papa, único momento en que Juan Pablo II se refirió a las expectativas mencionadas, al hablar de *"esta amada tierra de Nicaragua, tan probada, tan heroica ante las calamidades naturales..., tan vigorosa y activa para responder a los desafíos de la historia y procurar edificar una sociedad a la medida de las necesidades materiales y de la dimensión trascendente del hombre"*

Sólo entonces muchos se sintieron fugazmente comprendidos, precisamente en sus dimensiones complementarias: de cristianos y de nicaraguenses que aspiran a una nueva sociedad. El resto desconcertó a muchos. En medio del discurso se encendió de nuevo la llama de la expectativa cuando, a los clamores de "¡Queremos la paz!", contestó el Papa que "¡La Iglesia es la primera que quiere la paz!". Algo más en esa línea -un beso a un niño, la bendición especial a las madres de los mártires, un beso a un retrato de los asesinados y caídos, un beso lanzado con sus manos- y habría surgido la percepción de que el Papa escuchaba y comprendía. Pero nada pasó. Fué una oportunidad

En lugar de haber elegido ver y juzgar cómo les va a los pobres en la reciente historia de Nicaragua, las informaciones que recibió llevaron al Papa a elegir ver y juzgar cómo le va a la Iglesia. La encontró amenazada de división. ¿En la fe o por diversas y legítimas opciones políticas? Es esta una pregunta crucial. Exige discernimiento y diálogo eclesial en Nicaragua para poder interpretar los signos de los tiempos.

De otro modo, el peligro que se corre -además de los que el Papa señaló y que son propios de la eclosión de lo nuevo en la historia- es que la intolerancia, la ex-comunión e incluso la confusión de Babel (en la Eucaristía se leyó Gen 11, 1-9) se adueñen de la Iglesia que está en Nicaragua.

Mientras tanto, como ayer en la Eucaristía del Papa en Managua, el clamor de los pobres -sordo en tiempos de Medellín (de-

cía Puebla)- se irá haciendo "creciente tumultuoso, impetuoso y -en ocasiones- amenazante".

Cabe seguir avanzando con el corazón lleno de temor por el trauma dejado en mucha gente. Pero cabe también afianzar la esperanza en Jesucristo. Dios escuchará el clamor de su pueblo. El Papa ya lo ha escuchado en su carta "sobre el trabajo humano." Esta carta es consuelo y aliento para los pobres de América Latina y de todo el mundo, porque proclama a la Iglesia como "Iglesia de los pobres". (cfr. n. 8).

